

POESÍA ERÓTICA DEL SIGLO DE ORO

(Anónimos)

JARDÍN DE VENUS (1589)

Octava

Entre delgada y gruesa es la figura
que ha de tener la dama si es hermosa;
y el medio de negrura y de blancura
es la color de todas más graciosa;
en medio de dureza y de blandura
la carne de la hembra es más sabrosa.
En fin ha de tener en todo el medio,
pues lo mejor de todo es lo del medio.

*Brantôme: Bezo las manos y los pies, señora; ella le dice:
Señor, en el medio está la mejor stación.
(Las damas elegantes)*

**Octava a una señorita que aborrecía
a los hombres y se deleitaba
con un alfiletero acharolado**

Quien goza de tu ardiente delantera
es un alfiletero. ¡Qué diablura!
por tiesa te deleita la madera
y por escurridiza la pintura;
poca es la leña para tanta hoguera;
si a un palo le regalas tal dulzura
y con él hoy tu sexo así se huelga,
¿qué haré yo con la carne que me cuelga?

Descripción de la dama

Alma Venus, madre y diosa,
dame gracia en disponer
las partes que ha de tener
para ser la dama hermosa,

que sin tu gracia y favor
poco valdrá mi escritura,
siento tú de la hermosura
diosa, y madre del Amor.

En el ordinario hablar
ha de ser tan amorosa,
que entre grave y melindrosa
sepa un cierto modo hallar.

No ha de ser flaca ni gruesa,
sino llena, bien cumplida,
de dulce carne fornida
juntamente blanda y tiesa.

Blanca no tan demasiado
que descolorida esté,
más que tenga un no sé qué
de vivo color mezclado.

Las mejillas quieren ser
ni hundidas, ni levantadas,
de sangre y leche mezcladas,
tocadas de rosicler.

Las tetas lisas y tiesas,
firmes, redondas, menudas

que como manzanas duras (*sic*; “*crudas*”)
puedan ser a manos presas.

La canal que se derriba
por entre ellas ha de ser
clara, que se deje ver
por abajo desde arriba.

Las caderas relevadas
tanto de carne cubiertas
que de acudir muy dispuestas (*sic*; “*despiertas*”)
no dejen por ser pesadas.

Y las que quedan tras ellas,
redondas por tal compás
que levanten lo demás
cargando el cuerpo sobre ellas.

El vello negro y sutil
que del vientre está pendiente,
que parezca propiamente
ébano sobre marfil.

La parte a quien la Natura
puso su nombre, cerrada,
ni baja ni levantada;
ni muy llena de verdura.

Justa

Pues por vos crece mi pena
quiero señora, rogaros
que queráis aparejaros
a una justa que se ordena.

Suelte luego la cadena
en que está mi libertad,
y verá vuestra beldad
cuan sin razón me condena.

Esta justa puede ser
de noche, porque es mejor:
que de día, con el calor,
no nos podremos valer.

Mandaréis luego tener
a mi servicio la tela,
en lugar donde candela
no la hayamos de menester.

Señora, una merced os pido:
que esté la tela bien puesta,
en campo llano, sin cuesta
donde cobre lo perdido,

que de mi dolor crecido
será la tela el remedio,
mirando, señora, el medio
que no esté nada rompido.

Yo seré conquistador,
vos seréis mantenidora;

aunque yo sea vencedor
quedaréis por vencedora.

Y así quedaré contento
de verme de vos vencido;
y pues así lo consiento,
no queráis sea yo perdido.

Las lanzas bien correrá
con ánimo el justador,
y de alcanzar tal favor
de alegre se morirá.

Volverá a resucitar
con su tanza entera y sana;
su persona muy ufana
volverá luego a justar.

Vos, como mantenidora
tan valerosa y tan fuerte,
mil veces le daréis la muerte,
dándole el mayor favor.

Aquesto consentirá,
para alcanzar tal encuentro
adonde está puesto el centro,
vencido, atrás volverá"

Ninguna mujer hay que yo no quiera,
a todas amo y soy aficionado;
de toda suerte, condición y estado,
todas las amo y quiero en su manera.

Adoro la amorosa y la austera,
por la discreta y simple soy penado,
y por morena y blanca enamorado,
ora sea casada, ora soltera....

Todo lo que Dios cría es buena cosa,
tan mujer es aquésta como aquélla,
lo que tiene la una, la otra tiene.

Agora sea fea, agora hermosa,
siempre es tenella por hermosa y bella,
en la mujer el hombre se conviene.

Primero es abrazalla y retozalla,
y con besos un rato entretenella.
Primero es provocalla y encendella,
después luchar con ella y derriballa.

Primero es porfiar y arregazalla,
poniendo piernas entre piernas della.
Primero es acabar esto con ella,
después viene el deleite de gozalla.

No hacer, como acostumbran los casados,
más de llegar y hallarla aparejada,
de puro dulce, creo, da dentera.

Han de ser los contentos deseados;
si no, no dan placer ni valen nada;
que no hay quien lo barato comprar quiera.

-¿Qué hacéis, hermosa? -Mírome a este espejo.
-¿Por qué desnuda? -Por mejor mirarme.
-¿Qué veis en vos? -Que quiero acá gozarme.
-Pues, ¿por qué no os gozáis? -No hallo aparejo.

-¿Qué os falta? -Uno que sea en amor viejo.
-Pues, ¿qué sabrá ése hacer? -Sabrá forzarme.
-¿Y cómo os forzará? -Con abrazarme,
sin esperar licencia ni consejo.

-¿Y no os resistiréis? -Muy poca cosa.
-¿Y qué tanto? -Menos que aquí lo digo,
que él me sabrá vencer si es avisado.

-¿Y si os deja por veros regurosa?
-Tenerle he yo a este tal por enemigo,
vil, necio, flojo, lacio y apocado.

El vulgo comúnmente se aficiona
a la que sabe que es doncella y moza,
porque así le parece al que la goza
que le coge la flor de su persona.

Yo, para mí, más quiero una matrona
que con mil artificios se remoza,
y, por gozar de aquel que la retoza,
una hora de la noche no perdona.

La doncella no hace de su parte,
cuando la gozan, cosa que aproveche,
ni se menea, ni da dulces besos.

Mas la otra lo hace de tal arte,
y amores os dirá, que en miel y leche
convierte las médulas de los huesos.

Una nueva locura se ha asentado
en los entendimientos de esta era,
que no hay quien a la hermosa dama quiera,
si no es discreta y sabia en grado sumo.

Por la hermosura no dan un cornado,
y adóranla si es fea y es parlera,
como si en aviso consistiera
tener la dama el cuerpo bien formado.

¡Oh necio humor, no amor mas devaneo!
¡Como porque es astuta la raposa,
y no como por simple la gallina!

Cualquiera vaya, pues, tras su deseo,
que de mujeres quiero la hermosa,
pues hermosura busco y no dotrina.

Estaba un mayordomo enamorado
y tan perdido por su misma ama,
que fácilmente lo entendió la dama,
y nada le pesó de su cuidado;

porque era gentil hombre y avisado,
cortés, de buena vida y mejor fama;
y aun daba de sí indicio que en la cama
no faltaba por corto o por atado.

Sacóle a un huerto, tiempo le ofreciendo
y la ocasión; más él, indigno della,
helóse, y ella al fin díjole recio:

"Limpiadme estas espaldas". Y él diciendo
que limpias las tenía, dijo ella:
"Eso será por ser vos un gran necio".

Alzó el aire las faldas de mi vida
y vi la servillica colorada
y la calcica angosta y estirada,
con un hermoso cenojil ceñida.

Mis ojos fueron luego de corrida
por ver la cosa en fin que más agrada,
pero, de la camisa delicada
les fue la dulce vista defendida.

¡Oh camisa cruel y rigurosa!
¿Por qué no me dejaste ver aquello
en que tan poco te iba que lo viese?

Mas creo debe ser tan bella cosa
que estás tú misma enamorada de ello
y lo cubres por solo tu interese.

Los ojos vueltos, que del negro dellos
muy poco o casi nada parecía,
y la divina boca helada y fría,
bañados en sudor rostro y cabellos,

las blancas piernas y los brazos bellos,
con que al mozo en mil lazos envolvía,
ya Venus fatigados los tenía,
remisos, sin mostrar vigor en ellos.

Adonis, cuando vio llegado el punto
de echar con dulce fin cosas aparte,
dijo: «No ceses, diosa, anda, señora,

no dejes de mene... », y no dijo «arte»,
que el aliento y la voz le faltó junto,
y el dulce juego feneció a la hora.

De Adonis el gentil cuerpo desnudo
y Venus con Adonis ingerida;
él encima, debajo ella tendida,
haciendo de dos lazos sólo un nudo...

El mozo, que de andar muy a menudo
tenía la fuerza y la virtud perdida,
con flaca voz y apenas entendida
dijo, cobrando aliento como pudo:

-“Abre las piernas más.” -“¿Qué quieres que abra?”

-“Ayúdame, que ya no tengo fuerza”.

-“El ayudarte más no es culpa mía”.

Ella que iba a decir: “Mi bien, esfuerza”,
perdió el sentir, faltóle la palabra,
y en el “mi bien...” quedó la lengua fría.

Debajo de un olivo fructuoso
por do se van mil vides retorciendo,
con gran lujuria vide estar hodiendo
a una dama un galán furioso.

Ella los pies al cielo luminoso tiene,
con que en los lomos le va hiriendo,
y con dulces meneos va haciendo
se encienda más el fuego lujurioso.

Y al derramar la esperma y regucijo,
dijo el galán: " Mi vida, pues acabo,
si puedes di aceituna" y quedó mudo.

Ella, que sin compás menea el rabo,
"Acei..., acei..., acei..., aceite" dijo,
que decir "Aceituna" nunca pudo.

Aquel cogerla a oscuras a la dama
y echarla, luego, mano a la camisa,
y aquel su resistir y mucha risa,
y aquel pedirlos que miréis su fama;

aquel urdir después la dulce trama,
luego despacio, luego más aprisa,
y aquel dalle los besos muy de prisa
al tiempo que lo dulce se derrama;

aquellos gustos tanto deseados,
y en medio del deseo conseguidos,
hacen que el hombre adore las mujeres.

Y sin dificultad siendo alcanzados
hacen, como acontece a los maridos,
que por ellas no dan dos alfileres.

Cuestión es entre damas disputada
por qué, después que el hombre está casado,
no quiere a su mujer en aquel grado
que antes que con él fuera casada.

La causa es, a mi ver, averiguada,
que lo que antes era deseado,
con tal facilidad es alcanzado
que, en lugar de agradar, harta y enfada.

Si la dama un poquito se esquivase
cuando quiere gozarla su marido,
haría, con tenerlo un poco en pena,

que con mayor deleite la gozase,
y por ella anduviese tan perdido
que nunca se acordase de la ajena.

-El que tiene mujer moza y hermosa
¿qué busca en casa y con mujer ajena?
¿La suya es menos blanca y más morena,
o floja, fría, flaca?-No hay tal cosa.

-¿Es desgraciada?- No, sino amorosa.
-¿Es mala?- No por cierto, sino buena.
Es una Venus, es una Sirena,
un blanco lirio, una purpúrea rosa.

-Pues ¿qué busca? ¿A doña? ¿De dónde viene?
¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
Ha de ser su buscar en infinito.

-No busca éste mujer, que ya la tiene.
Busca el trabajo dulce de buscalla,
que es lo que enciende al hombre el apetito.

Damas, las que os quejáis de mal casadas,
haceos desear, haréis amaros;
jamás os acaezca convidaros
por más que estéis con ellos abrazadas.

Siempre habéis de mostrar que sois forzadas,
que os vence el marido, y con reparos
de resistencia siempre habéis de armaros,
y veréis cómo sois más estimadas.

Cuando sintierdes más qué es lo que quiere,
mostrad entonces menos entendedlo,
dejad búsquelo él, que manos tiene.

Y cuando lo buscare y lo pidiere,
primero que vengáis a concedello,
probadle el apetito con que viene.

-Mujer, aunque sintáis lo que yo quiero,
de agora para siempre os amonesto
que no os pongáis a punto tan de presto,
ni luego me metáis por el sendero.

Dejádmeme buscar a mí primero;
haced como que voz no dais en esto;
haced que como a hombre que es molesto
me deis entrada con semblante fiero.

Si vos de mí sois luego sujetada,
piérdese la mitad de todo el gusto;
no sabe mucho lo que poco cuesta,

y aquello que otras veces a la entrada,
y como dicen, suele entrar muy justo,
entra más flojo que madeja en cesta.

Un tuerto en su mujer no halló el despojo
y habíanle dicho que doncella era,
andaba cual paloma arrulladera,
porque otro había labrado en su rastrojo.

Ella le dijo: “No tan grande enojo,
Señor marido, no desá manera,
Que si a vuestro poder vine entera,
ni vos al mío, pues os falta un ojo”.

El respondió, con voz algo turbada:
Esto hicieron en mí mis enemigos,
Mas al fin lo pagaron con matarlos”.

Ella dijo: “Yo estoy mejor librada,
pues esto me causaron mis amigos,
y así les di la vida en remediarlos”.

Aquel llegar de presto y abrazalla,
aquel ponerse a fuerzas él y ella,
aquel cruzar sus piernas con las d'ella
y aquel poder él más y derriballa;

aquel caer debajo y él sobr'ella,
y ella cobrirse y él arregazalla,
aquel tomar la lanza y embocalla,
aquel porfiar dél hasta metella;

aquel jugar de lomos y caderas,
y las palabras blandas y amorosas
que se dicen los dos, apresurados;

aquel volver y andar de mil maneras,
y hacer en este paso otras mil cosas...
pierden con sus mujeres los casados.

GLOSA

No se fatigue, no, la bella dama
ni piense contentar a su marido,
que otros placeres hay que el de la cama
más dulces y sabrosos al sentido.
Lo que con gran trabajo del que ama
se alcanza, es lo mejor y más tenido,
cual es, después de un largo recuestalla,
aquel llegar de presto y abrazalla.

Mil tretas dulces pierde la casada
que son pertenecientes a este juego,
porque no es requerida ni rogada:
dos cosas que acrecientan nuestro fuego;
no es antes que gozalla deseada,
que si el marido quiere, quiere luego;
no Hay el pedir dél y negar ella,
y aquel ponerse a fuerzas él y ella.

La resistencia que hace la soltera
cuando el galán la mete entre sus brazos
y le mete la mano en la manera*,
y ella le pone allí mil embarazos;
aquel meterse dentro y salir fuera
hasta que la camisa hace pedazos;
y, para hallar buen fin a su querella,
aquel cruzar sus piernas con las della.

Fáltales en la cama a los casados
el comenzar por burlas imperfectas,
aquellos dulces besos medio hurtados
que allí se suelen dar por indirectas,
aquel andar asidos y abrazados,

ora tocalle el muslo, ora las tetas,
y el prolijo durar en la batalla,
y aquel poder él más y derriballa.

Por ventura, las noches, el marido
¿hace más de llegar y arremangalla,
y encima se poner medio dormido
sin decirle dulzuras ni aun hablalla?
¿Por mayor gusto no será tenido
aquel correr tras ella y alcanzalla,
y tras correr un rato así tras ella,
aquel caer debajo y él sobre ella?

Y si viene quizás ganoso y esforzado,
allí se esfuerza más y se endereza.
Y si por dicha llega desmayado,
allí sacará fuerzas de flaqueza.
Para dalle calor al gusto helado,
son remedios de summa fortaleza
ella se defender y él sujetalla,
ella cubrise y él arregazalla.

En el juego tomado así desnudo,
no tienen más amantes que casados:
estando encima della nadie es rudo,
negocio es llano, pasos son contados.
¿Cuál es el que a tal triunfo llegar pudo
y tiene allí los miembros embarrados?
¿Qué hay que enseñar a nadie en tal batalla?
¡Aquel tomar la lanza y embocalla?

Mas hay en este encuentro tan sabroso
un sí sé que falta a los casados,
un no acertar y andar muy congojoso

por los alderredores delicados,
un retozo de entrambos amoroso,
en tan sabrosos juegos ocupados,
huir ella la lanza y asir della
y aquel porfiar dél hasta metella.

Presos los dos después en dulce nudo,
¡cuánto mejor están amante y dama
que no el triste casado muy desnudo,
metido entre las mantas de la cama!
La cama no resuena, todo es mudo,
“señora” o lo más “mujer” la llama,
y deja como cosa de rameras
aquel jugar de lomos y caderas.

El calla y ella calla, solamente
se menean un poco así abrazados,
y cuando acaba ella, él no lo siente,
ni ella cuando él, de descuidados.
Tomárselo ella a él no se consiente,
los tocamientos tienen por vedados,
las burlas que son algo cosquillosas,
y las palabras blandas y amorosas.

¡Cuánto es mejor estar encima della
besándola, mordiéndola, apretándola,
moviéndose al compás que lleva ella,
y cuando allí se turba, contemplándola,
y si ella acaba antes, detenella,
y si él acabase antes, esperándola!
¡Y las “vidas” y “amores” regalados
que se dicen los dos apresurados!

¡Tener en todas partes ocupados
los miembros entre sí tan bien unidos,
los muslos de otros muslos apretados
y los brazos ya sueltos, ya ceñidos;
morderse de los labios colorados,
y aunque estén seis caminos concluidos,
cobrando luego fuerzas más enteras,
aquel volver y andar de mil maneras!

No es, a mi parecer, tan dulce cosa
una mujer desnuda y acostada
como otra, aunque no sea tan hermosa,
que la toméis vestida y aderezada:
porque si está desnuda, es fácil cosa
subille encima y dalle una espolada,
sin detenerse en burlas amorosas,
y hacer en esto paso otras mil cosas.

No hay más la camisa muy delgada:
alzada ésta, todo está acabado.
No hay pierna allí con pierna muy cruzada,
todo está abierto, todo aparejado,
ningún estorbo hay para la entrada,
agora vaya flojo, agora alzado;
en fin todos los gustos más preciados
pierden con sus mujeres los casados.

* *Manera: la abertura que tienen por delante los calzones,
que por otro nombre se dice bragueta.*

* *Seis caminos: uniones sexuales continuas.*

¡Qué alegres son al triste enamorado
las iras de su dama con blandura!
Aquel: “¿Estáis en vos? ¡Qué gran locura!”
Aquel: “¡Quitaos dahí, desvergonzado!”

El santiguarse: “¿Cómo habéis entrado?”
El argüir la fama con cordura,
el tierno desmayar y la dulzura
de aquel: “¡Ay, que lo oirán! ¡Ay, que es pecado!”

El falso defenderse, el maleficio,
las lágrimas, el “¡Ay!”, el “Yo os prometo...”
el “Creo me engaáis como enemigo”.

Aquel “¡Do estaba yo? ¿Tengo juicio?”
Aquel “¿Cuál me dejáis! Tened secreto”.
No hay mal que tanto bien traiga consigo.

Dentro de un santo templo un hombre honrado
con gran devoción rezando estaba;
los ojos hechos fuentes, enviaba
mil suspiros del pecho apasionado.
Después que por gran rato hubo rezado
las religiosas cuentas que llevaba,
con ellas el buen hombre se tocaba
los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devoción, y pretendiendo
besar el suelo, porque pretendía
que la humildad mayor aquí se encierra,
lugar pidió a una vieja. Ella, volviendo,
el salvonor le muestra, y le decía:
«Besad aquí, señor, que todo es tierra».

Hallándose dos damas en faldeta
tratando del amor con mucha risa,
se quitaron faldetas y camisa
por hacer más gustosa la burleta.

La una con la otra recio aprieta
mas dales pena ver la carne lisa.
Entonces llegó Amor con mucha prisa
y puso entre los dos una saeta.

La una se apartó muy consolada
por haber ya labrado su provecho,
la otra se quedó con la agujeta.

Y como se miró, viéndose armada,
por el daño que el dómine había hecho
le puso por prisión una bragueta.

Oh dulce noche! ¡Oh cama venturosa!
Testigos del deleite y gloria mía,
decid qué os pareció de la porfía
de aquella dama dulce y amorosa.

¡Cómo se me mostraba rigurosa!
¡Cómo dentre mis manos se salía!
¡Cómo dos mil injurias me decía,
la dulce mi enemiga cautelosa!

Pero ¡cómo después me regalaba,
cogiéndome en sus brazos amorosos,
y abriendo aquellas piernas delicadas!

¡Con qué suavidad se meneaba!
¡Qué besos que me daba tan sabrosos!
¡Y qué palabras tan azucaradas!

A la orilla del agua estando un día,
ajena de cuidado, una hermosa
de mirarse su infierno deseosa,
por verse sola allí sin compañía,

la saya alzó que ver se lo impedía,
y, pagada de ver tan rica cosa,
le dice con voz mansa y amorosa
que de dentro del alma le salía:

"Por vos soy yo de tantos requebrada,
por vos me dan aljorcas, gargantilla,
chapines, saya y manto para el frío.
Un beso quiero daros." Y abajada
a darle, por estar tan a la orilla,
tropicó de cabeza y dio en el río.

Unas monjas acaso desputando
estaban sobre cual decir se pueda
la cosa más suave, blanda y leda,
y a esto mil pareceres iban dando.

Unas ser la manteca porfiando,
otras la lana y otras que la seda,
otras que el algodón, y nadie queda
que no procure al blanco irse llegando.

Allí habló la que es más anciana
y dijo: "Callad ya, cesen razones,
oíd mi parecer, pues él lo allana:

lo más blando serán los compañeros
del varón que, aunque den tarde y mañana
en las nalgas, no se harán chichones".

Rapándosele estaba cierta hermosa,
hasta el ombligo toda arremangada,
las piernas muy abiertas, y asentada
en una silla ancha y espaciosa.

Mirándosele estaba muy gozosa,
después que ya quedó muy bien rapada,
y estándose burlando, descuidada,
metióse el dedo dentro de la cosa.

Y como menease las caderas,
al usado señuelo respondiéndole,
un cierto saborcillo le dio luego.

Mas como conoció no ser de veras,
dijo: «¡Cuitada yo! ¿Qué estoy haciendo?
Que no es ésta la leña deste fuego».

GLOSA

Del dicho de la gente temerosa
el encubrirse toma por consejo,
y así, secretamente y a un espejo,
rapándose lo estaba cierta hermosa.

Pero como quien no es experimentada,
dejóse una ventana medio abierta,
por do la vio el por quien fue descubierta,
hasta el ombligo toda arremangada.

Estaba aquesta hermosa confiada
de la parte secreta do lo hacía
sin entender que algún hombre la veía,
las piernas muy abiertas y asentada.

Mas como no hay secreta alguna cosa,
por do la dama menos lo pensaba,
un galán la acechó y dijo que estaba
en una silla baja y espaciosa.

Como lo vio rapado esta hermosa,
y aparejado para haber cuistión,
dice que, con frecuencia y afición,
mirándose lo estaba muy gozosa.

Y así daqueste gozo acompañada
que la hacía entre sí mover a risa,
mil veces se limpió con la camisa,
después, cuando ya quedó muy bien rapada.

De todo su juicio enajenada
le toma con la mano y mil cosillas
se hace por moverle a haber cosquillas,
estándose burlando, descuidada.

Volviéndole a mirar como una rosa,
le pareció codicio el menearse,
y viendo que no puede ejecutarse
metióse el dedo dentro de la cosa.

Como anduvo con él por las laderas,
no dejó de tomar de aquesto gusto,
lo uno porque el dedo vino justo,
y como menease las caderas.

En aquesto se estaba entreteniendo,
toda elevada en aqueste ejercicio
y procurando bien hacer su oficio,
al osado señuelo respondiendo.

Apenas entró el dedo cuando luego
vido que era hacienda muy gustosa,
porque como topase cierta cosa
un cierto saborcillo le dio luego.

Corrió con ese gusto dos carreras
y hallóse a la tercera muy burlada,
y así se desmayó sin hacer nada,
más ¿cómo conoció no ser de veras?

Pero después de aquesto, en sí volviendo,
pésale por no haber sido de veras,
y sosegando el cuerpo y las caderas
dijo: “¡Cuitada yo! ¿Qué estoy haciendo?

Y así dio fin al amoroso juego,
entre sí lo pasado repitiendo,
con sollozos y lágrimas diciendo:
“Que no es ésta la leña deste fuego”.

Entre unos centenales yo vi un día
dos hombres y una moza hermosa entre ellos;
jamás faltaba encima el uno dellos:
cuando acababa el uno, otro subía.

Cada cual su deber muy bien hacía,
mas pudo tanto más ella que ellos,
que, después de cansallos y vencellos,
aún le quedaba brío y lozanía.

Cansada, dijo, sí, es cosa posible,
que no hay tal ejercicio que no canse,
por más que sea gustoso y agradable;

pero quedar contenta es imposible:
que el apetito mío es insaciable,
y no consiente el hombre que descanse.

¡Triste el hombre, que de amor tocado
pretendes de llegar a ser querido!
¡Cuán caro habrás de ser aborrecido!
¡Cuán a tu costa te verás amado!

El día que quedaste enamorado,
quedaste a una mujer tan sometido
que vivirás a su querer rendido,
y aun esto juzgarás por alto estado.

¡Dichosa la mujer, a quien Natura
parcial se le mostró y aficionada,
dándole en el deleite tal ventaja

que, sin buscarlo, hay quien se le procura,
y aun porque lo reciba es muy rogada,
con ser ella quien huelga, él quien trabaja!

Cuando en tus brazos, Filis, recogíendome,
el pecho me descubres hermosísimo,
allí donde el tocar es sabrosísimo
estás un breve rato entreteniéndome.
Y cuando lo que quiero concediéndome,
un beso das sabroso, otro dulcísimo,
y en aquel deleite süavísimo,
deleite das y tomas respondiéndome,

las hojas de los árboles meneándose,
al céfiro mil vientos sucediéndole,
serían perezosas, imitándonos.

Mas cuando el dulce fin viene llegándose,
la noche se hace día bendiciéndole,
y la luna se alegra contemplándonos.

Viendo una dama que un galán moría,
padeciendo por ella gran tormento,
concertó de metelle en su aposento
para poner remate en su porfía.

Veniendo pues el concertado día,
o por mucha vergüenza, o gran tormento,
no pudo alzar cabeza el istrumento
para los dos formar dulce armonía.

Ella, viéndole, dijo: “¿Tal ansina?
¿Antes tantas recuestas y alcahuetas,
y agora no hacer? Ya me admira.”

El respondió con voz mansa y mohína:
“Debe de ser de casta de escopetas,
pues cuanto más caliente menos tira.”

Estaba una fregona por enero
metida hasta los muslos en el río,
lavando paños con tal donaire y brío
que mil necios traía al retortero.

Un cierto conde, alegre y placentero,
le preguntó por gracia si hacía frío.
Respondió la fregona: "Señor mío,
siempre llevo conmigo yo un brasero".

El conde, que era astuto y supo dónde,
le dijo, haciendo rueda como pavo,
que le encendiese un cirio que traía.

Y dijo entonces la fregona al conde,
alzándose las faldas hasta el rabo:
- Pues sopla este tizón Vueseñoría.

A consentir al fin en su porfía
vino una dama con su enamorado,
porque por su nariz hubo juzgado
que tanto a buena cuenta metería.

Mas al revés salió su profecía,
porque él tenía poco, ella sobrado;
de suerte que él quedaba tan holgado
que no sintió si entraba o si salía.

La dama, mal contenta, dijo: «¡Ay, triste!
¡Cuán mentirosa la nariz ha sido!».
Mas él la replicó, como hombre diestro:

«Ese defecto, amiga, no os contriste;
que si mi gran nariz os ha mentido,
a fe que ha dicho la verdad lo vuestro».

Fue un casado a comprar pan a la plaza
y, saliéndole en vano su trabajo,
un costal de carbón de encina trajo
y echólo su mujer en una hornaza.

Cada cual puesto al fuego se arregaza,
que ambos a dos andaban a badajo,
y con el gran calor de allá debajo
seis veces fue el hurón a buscar caza.

Ella, aunque del un papo había ayunado,
recibió por el otro colación
tal que dijo al marido muy contenta:

“Marido, si volviéredes al mercado
Y no halláredes pan, traé carbón,
Pues que con su calor también sustenta”

LETRAS Y VILLANCICOS

VILLANCICOS RÚSTICOS

Alzó Venus las faldas por un lado,
de que el herrero sucio, enternecido
por el botín que descubierta vido,
quiso al momento dárselo cerrado.

Arrojó las tenazas, denodado,
lleno de tizne y del hollín vestido;
tentó la hornaza do salió Cupido,
y echó las bragas y el mandil a un lado.

Sintiose Venus porque tal hacía
y al defenderse tuvo manos mancadas
por estallo la puta deseando;

por más que dijo que era porquería,
se estuvo queda y alargó las ancas
al ajo y queso de que fue gustando,

has que, en acabando,
dijo la puta: «Bien está lo hecho;
que no cabe en un saco honra y provecho.»

*-Madre, la mi madre,
que me come el quiquiriquí.*

*-Ráscatele, hija y calla,
que también me come a mí.*

-Madre, no sé qué me ha dado
que no lo puedo sufrir:
deste mal he de morir
si no es presto remediado.
Nunca por nadie ha pasado
tanto mal como por mí.

*-Ráscatele, hija y calla,
que también me come a mí.*

¿Qué me aprovecha el rascar,
que más lo hago encender?
Otra cosa es menester
para haberle de curar,
y no se ha de dilatar
porque estoy fuera de mí.

*-Ráscatele, hija y calla,
que también me come a mí.*

Dadme otro medio mejor;
dejémonos de esas cosas:
las uñas son enconosas
y acrecientan el dolor;
dadme otro rascador
cual convenga para mí.

*-Ráscatele, hija y calla,
que también me come a mí.*

-Madre mía, cásame,
que me pica el pirulí.
-Hija mía, ráscate,
que antes me picaba a mí.

-Casaime, madre, casaime,
que me pica el chiriví.
-Arráscatelo, hija mía,
que también me pica a mí.

-Madre mía, cáseme,
que me pica el chiribí.
-Si te pica, arrascalé,
que también me pica a mí.

-Madre, cómpreme un novio,
que me pica el chiriví.
-Si te pica, que te pique,
que antes me ha picado a mí.

_Madre, me busque usté un novio,
que me pica el chapirí.
-Cállate, hija del demonio,
que también me pica a mí
los cuatro pelos del moño.

Coplas

*¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!*

Estábase la moza
despaldas en el lecho,
las piernas abiertas,
y, mirando al techo,
dice con despecho:
*"¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!"*

De rato a ratillo
toda se brincaba;
con gesto amarillo,
de dolor sudaba;
con pasión llamaba:
*"¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!"*

Toda se comía
en grande manera,
quel dedo metía
por la hurgonera.
Llorando decía,
con voz lastimera:
*"¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!"*

Hácese pedazos,
toda se desuella;
quería los brazos
meter por la mella,

dando esta querella:

*"¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!"*

Como estaba ansí,

pensó que soñaba.

Cuando tornó en sí

sintió que meaba;

y de presto llama:

*"¡Agua, dalde agua,
quel fuego está en la fragua!"*

LETRA

-No me dé, señor mío,
y mire que me maltrata,
porque estoy para beata.

1

De mi padre prometida
para que beata fuese,
y que nadie no me fuese
en estado más crecida,
por tanto, bien de mi vida,
no desdoréis esta plata,
porque estoy para beata.

-¿Quién terná la miel en el dedo
que no llegue al paladar?
Por tanto no puede estar
sólo un momento quedo;
pierda ya, señora, el miedo,
y no sea tan ingrata,
porque está para beata.

-Conténtese, señor mío,
con el tocar las tetas,
deje las partes secretas,
que me causan gran ardor
por un poco de dulzor;
mire que a mí me maltrata,
porque estoy para beata.

No sea gato goloso,
señor mío, de tal guisa,
démeme ora la camisa,
tenga un poco de reposo.

¡Triste de mí, que no oso
dar mi honra tan barata,
porque estoy para beata!

Donde fuerza sobreviene
derecho no se sustenta.
No tratemos de otra cuenta,
hágalo, señor, no pene:
pues tiene ya de mandarme,
haga del melón la cata, 37
aunque esté para beata.

1 - Dar: con su sentido de “golpear”, pertenece al
vocabulario bélico de las “batallas de amor”. Cf.
Góngora:

37 - La metáfora alude a refranes conocidos
(El melón i la muxer, a la kala an de ser) o
(El melón i la muxer, por el rrabo se han de Konozer).

Zarabanda

- D. Soy muy delicada.
G. Vida, que no es vicio,
aunque en ese oficio
poco ejercitada.
D. ¡Ay de mí, cuitada,
que viene muy tieso!
*¡No me haga eso
que me hinca un güeso!*

Para una adarga
es ese bohordo, 10
según es de gordo.

- G. Y a mí se me carga
cosa que le amarga.
Que le tome en peso. 14
D. *No me haga eso
que me hinca un güeso.*

.....

- Sepa que no quiero
porque es como un acero.
G. Es como un diamante;
por que se levante,
le daré otro beso.
D. *No me haga eso
que me hinca un güeso.*

Si yo lo supiera,
nunca me engañara
ni me descuidara
tanto que cayera;

empero ¿quién creyera
que era tan travieso?
*No me haga eso
que me hinca un güeso.*

- G. Quedito, quedito,
piense que no duele.
- D. Ahora, déle, déle...
Métalo un poquito;
puesto en garlito,
hágalo estar preso.
*No me haga eso
que me hinca un güeso.*

D - Dama

G - Galán

10 - *Bohordo*: “En los juegos de cañas y ejercicios de la jineta,

varita o caña de seis palmos, y de cañutos muy pesados, derecha y limpia. El primer cañuto delantero se llenaba

de

arena o de yeso fraguado, a fin de que no se torciese y estuviese más pesada para poderla arrojar”.

14 - *En peso*: “enteramente”, “del Todo”.

*Soy toquera y vendo tocas,
y tengo mi cofre donde las otras.*

Es chico y bien encorado
y le abre cualquiera llave,
con tal que primero pague
el que le abriere el tocado:
que yo no vendo fiado,
como otras toqueras locas,
y tengo mi cofre donde las otras.

Es mi cofre de una pieza,
pero caben muchas dentro,
y no lo veréis el centro,
aunque metáis la cabeza;
y negocio con presteza,
y despacho bien mis tocas,
y tengo mi cofre donde las otras.

Lo que más todos le alaban,
es que no consiente clavo,
que los hincan hasta el cabo
y al momento se desclavan;
y más tocas no se lavan
ni las manchan cosas pocas,
y tengo mi cofre donde las otras.

Vendo tocas enceradas
y descansos muy delgados,
y diferentes tocados,
si hay pagas adelantadas;

y aunque las compro estiradas,
por vender más, las doy flojas,
y tengo mi cofre donde las otras.

Dámelo, Periquito, perro.
Periquito, dámelo.

Dame aquello que tú sabes,
y yo te daré otra cosa,
para jugar muy donosa,
juntamente con tus llaves;
daréte horas suaves,
cuando me las tome yo.
Dámelo, Periquito, perro.
Periquito, dámelo.

Si te lo doy me lo das;
me harás vivir muriendo,
los miembros estremeciendo,
saliendo de su compás;
y si aprietas por detrás,
con eso me güelgo yo.
Dámelo, Periquito, perro.
Periquito, dámelo.

Aquel juguete te pido
que compraste a la villa,
que como como polilla
cuando torna denegrado,
donde está el blanco metido
con que me afeito yo.
Dámelo, Periquito, perro.

Periquito, dámelo.

Pedro, cuando me lo des,
tente bien sobre los brazos
y dame besos y abrazos
afirmándote en los pies;
por una vez y por tres,
no lo saques fuera, no.
Dámelo, Periquito, perro.
Periquito, dámelo.

*Un juguete me pide mi dama,
para la cama.*

Muchas cosas me promete
de su mano me hacer,
porque la haga placer
de traelle aquel juguete
que alcanza sin alcahuete
sabor de cualquier dama
para la cama.

El ha pedido mil veces
por las señas y color,
y dice tiene un sabor
más dulce que pan y nueces,
y de esto son los jueces
las ansias con que se inflama,
para la cama.

La soltera que tiene
juega mil juegos con él,
la viuda muere por él
y a la casada entretiene;
y antes que la caja suene
mil batallas de amor trama,
para la cama.

Aunque es juguete, es juego
que, si el más sabio le juega,
más se pica y más se ciega (*Picarse*: estar en celo)

y pierde todo el sosiego:
es fuego que a poco ruego
se enciende y guarda la llama,
para la cama.

*¿Hay quien me compra un juguete
que ni hiere, ni mata, ni pica, ni muerde?*

Yo lo vendo por travieso,
y no porque a nadie ofende;
es alegre y juguetón,
y por las niñas se pierde.
Niñas, guardaos de enojalle,
que vive Dios que arremete,
y cuando estéis más seguras,
por vuestros postigos entre.
Que ni hiere, ni mata, ni pica, ni muerde.

Es alegre a todas horas,
y, amanece o no amanece,
hay vecina que daría
cuanto tiene por tenelle,
porque le conocen ya,
y a fe que son más de siete
las noches que, por pecar,
ha amanecido a la muerte.
Que ni hiere, ni mata, ni pica, ni muerde.

En su condición tan noble,
que, cuando más furia tiene,
las niñas juegan con él
al juego del esconderse;
a mí me daba juanilla,
la esposa de Antón Llorente,
una hora de descanso
por un palmo de juguete.
Que no hiere, ni mata, ni pica, ni muerde.

*Decidme, dama graciosa,
qué es cosa y cosa*

Decid qué es aquello tieso
con dos limones al cabo,
barbado a guisa de nabo,
blando y duro como hueso;
de corajudo y travieso
lloraba leche sabrosa:
¿qué es cosa y cosa?

¿Qué es aquello que se lanza
por las riberas del Júcar?
Parece caña de azúcar,
aunque da botes de lanza;
hiere, sin tomar venganza
de la parte querellosa;
¿qué es cosa y cosa?

Aquel ojal que está hecho
junto de Fuenterrabía,
digáisme, señora mía:
¿cómo es ancho siendo estrecho?
Y ¿por qué, mirando al techo,
es su fruta más sabrosa?
¿qué es cosa y cosa?

¿Por qué vuela pico a viento,
y sin comer hace papo?
¿Por qué, cuanto más le atapo,
más se abre de contento?
Y, si es tintero de asiento,
¿cómo bulle y no reposa?
¿qué es cosa y cosa?
*El diablo sois, que no zorra,
la Catilnorra;
el diablo sois, que no zorra.*

Orilla del río,
al salir el sol,
vide un caracol
temblando de frío;
tomó luego brío
y entró en la mazmorra
de la Catilinorra.

Las mozuelas tiernas
se huelgan con él,
porque es como miel
cuajada en almendras;
y en medio las piernas
le hacen que corra
a la Catilinorra.

Y cuando ha corrido,
queda desmayado,
el color quebrado,
fuera de sentido;
mas si torna al nido,
se le alza la porra
con la Catilinorra.

Tiene dos soldados
que sirven de fuerte;
líbranle de muerte
si están enojados;
son muy bien criados
de palabra y gorra
con la Catilinorra.

*Mozuela de la saya de grana,
sácame el caracol de la manga.*

*Orillica el bado,
a el salir del sol,
topé un caracol
crespo y colorado:
tráygole guardado
para mi muger,
y si quieres uer
cosa tan galana,
mozuela de la saya de grana,
sácame el caracol de la manga.*

*Tornarate loca
caracol tan nuevo,
por tal se le llebo
a Martha de Coca
para que en su toca
le trayga y le cuelgue,
y, a fe, que se huelgue
y ande mui lozana:
mozuela de la saya de grana,
sácame el caracol de la manga.*

*Es mi caracol,
uista su fineza,
la más bella pieza
que tiene español;
y Ana de Braiñol,
la de Juan Miguel,
mill uezes por él
dio su porcelana:
mozuela de la saya de grana,*

sácame el caracol de la manga.

*Por más que sea honrada
no se le fiaré,
porque sin él sé
que no balgo nada,
y así no me agrada
a nadie fiallo,
mejor es guardallo
enbuelto en su lana:
mozuela de la saya de grana,
sácame el caracol de la manga.*

*Antoña Zumel,
la prima de Marta,
nunca se uio harta
de jugar con él;
y aunque es mui fiel,
cuando se le doi,
pegado a ello estoy
toda la mañana:
mozuela de la saya de grana,
sácame el caracol de la manga.*

*¡Dios me lo guarde
a mi Diego Moreno,
que nunca me dijo
malo ni bueno!*

En la vega este verano
gocé cierta compañía
de mozuelos a porfía,
que me apretaban la mano;
y él como es bonazo y sano,
volvió con rostro sereno,
*y nunca me dijo
malo ni bueno.*

Dios me deje ver logrado
a mi Diego, pues consiente
que trate con toda gente,
y vaya y venga al mercado;
desde allá le envió cargado,
vuelve a casa como un bueno;
*y nunca me dijo
malo ni bueno.*

No es de mala condición
mi Diego, ni entremetido,
sino llegado a razón,
bien criado y comedido,
que de puro bien sufrido
calla lo suyo y lo ajeno;
*y nunca me dijo
malo ni bueno.*

Estando ocupada un día,
acertó a venir de fuera

y, en llegando a la escalera,
preguntó si subiría;
dije: “No ¡por vida mía”
questá el aposento lleno”,
y *nunca me dijo*
malo ni bueno.

Procura de contentarme
mi Diego y no darme enojo,
que antes se sacara un ojo
que ningún disgusto darme;
sálese él a retozarme
con las manos en el seno,
y *nunca me dice*
malo ni bueno.

Muchos frailes a menudo
me vienen a visitar,
y velos conmigo estar
y no habla más que un mudo;
mil veces a mi cornudo
le echo a la boca un freno,
sin que me diga
malo ni bueno.

De pocos días acá,
con mi aficionado el cura,
mil veces me voy allá
por probar nueva ventura;
y amansa mi calentura,
y velo Diego Moreno,
mas nunca me dice
malo ni bueno.

Al cura fui a demandar

cierto costal de harina,
y él metióme en la cocina
para haberse de pagar;
y entre tanto hubo destar
el mi buen Diego al sereno,
y nunca me dijo
malo ni bueno.

Llegó todo enharinado
con ello a casa el mezquino,
más contento que mohíno,
de harina y cuernos cargado;
y aunque sintió haber entrado
el cura en el valle ajeno,
nunca me dijo
malo ni bueno.

Es cosa muy estremada
ver su buena condición:
con el padre fray Antón,
me topó en una enramada,
y, de haber estado echada,
el manto de cardillos lleno,
y nunca me dijo
malo ni bueno.

*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

Señora, dadme un poquito
deso que tenéis guardado,
a un pobre que no ha almorzado,
no por falta de apetito,
que algún día me vi ahíto
de lo que hoy me tiene a diente,
de carne cruda y caliente,
que es propio manjar del hombre.
*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

A las señoras doncellas
no les quiero decir nada,
que es dificultosa la entrada
si no se casan con ellas;
tras de las solteras bellas
me voy como moro a pasas.
Acaben, abran sus casas,
pues que no hay quien se lo estorbe.
*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

Mas por las casadas tiernas
peno y muero de contino,
que tienen hecho el camino
a las oscuras cavernas;
que saben abrir las piernas,
y hacen cierto cernido
sin que lo sepa el marido,
porque así se bate el cobre.

*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

Viudas de gallardo brío,
si a compasión os movéis,
por vuestra vida me deis,
en que envuelva un niño mío,
que se me muere de frío
y a ratos se me desmaya.
Metedle bajo la saya,
si queréis que calor cobre,
*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

Beatas caritativas,
las que estáis más recoletas,
que hacéis limosnas secretas
a escusa de vuestras tías,
es niño y de pocos días,
es alegre y juguetón,
y no dejará rincón
que quedito no lo escombre.
*¿Si hay quien dé limosna a un pobre,
que, si no lo masca, no lo come?*

*Di, hija, ¿por qué te matas
por amores del capón,
que tiene grandes las patas
y chiquito el espolón?*

La regla muy general
del patituerto calzado
es contraria en el capado
cuanto al miembro genital;
su medida es de un dedal:
¡mira qué negra ración!
*Tiene grandes las patas
y chiquito el espolón.*

Desde el punto de su ser,
les quitan con el tormento
el putil instrumento:
jamás les suele crecer.
No te hagan entender
que son de otra complición,
*que tienen grandes las patas
y chiquito el espolón.*

Mi consejo y mi lición
toma, hija con rigor,
que jamás tomes amor
que tenga la voz de monja.

.....
*¿Qué gusto tendrá el capón,
que tiene grandes las patas
y chiquito el espolón?*

Mira, hija, no seas loca,
y no busques el placer

en el hombre que es mujer
si le ponéis una toca;
que andarás [s] seca de boca
y abrasado el corazón,
*que tiene grandes las patas
y chiquito el espolón.*

Cien mil veces mis vecinas,
con seguros corazones,
echan pollos a capones
como si fuesen gallinas.
No aprovechan medicinas
para tan grande lisi6n,
*que tienen grandes las patas
y chiquito el espol6n.*

Si es, hija, por bien cantar,
m6s han de ser estimadas
dos l6grimas bien lloradas
que todo su gorjear;
que mal puede caminar
quien jam6s lleg6 a mes6n,
*que tiene grandes las patas
y chiquito el espol6n.*

Todos prometen muy largo
y, juntos cien mil capones,
a dos mil obligaciones
jam6s dar6n un descargo.
¡Mira qu6 amor tan amargo
que tendr6s en el cap6n,
*que tiene grandes las patas
y chiquito el espol6n!*

Mira que dél receles,
pues que ya sabes, mi hija,
que es muy fría la sortija
corrida sin cascabeles;
y andarás hecha una hieles
sin perder el comezón,
*que tiene grandes las patas
y chiquito el espolón.*

El arcabuz sin pelota,
después del fuego encendido,
no mata con el ruido,
ante la caza alborota;
y la calabaza sin gota,
¿de qué le sirve el tapón?
*Que tiene grandes las patas
y chiquito el espolón.*

Tan gran cargo de conciencia
jamás le asuelven en Roma,
que es pecado de Sodoma,
porque les falta potencia;
son nubes sin pluencia,
rato sin conversación,
*que tienen grandes las patas
y chiquito el espolón.*

Demás desto son celosos,
cobardes, desanimados;
son infames y apocados,
vanos y vanagloriosos;
por otra parte asquerosos,
de fría conversación,
que tienen grandes las patas

y chiquito el espolón.

Finalmente yo les tacho
por una gente infernal;
reniego de animal,
que, sin ser hembra, no es macho,
y que es de celo borracho,
la que en él pone afición,
que tienen grandes las patas
y chiquito el espolón.

A Juana enamorada de un capón

“Dicen que tienes, Juanilla,
por galán de tus aseos
a un hombre tal que, aunque quiera,
contigo no puede serlo:

un galán tan limpio y liso
que no tiene en todo el cuerpo,
si se mira de alto abajo,
de ser hombre un estropiezo;

y aunque en su cara lampiña
no se halla ningún cabello,
por lo menos del bigote
nadie dirá que no es bello.

No es hombre de menudencias,
aunque se precia de entero,
no es hombre como los otros,
y esto es en él lo de menos.

Con éste quieres, Juanilla,
tener dulces pasatiempos?
El tiempo, sí, pasarás;
mas lo dulce, ni por pienso.

De Capadocia desciende
la casta de sus abuelos,
y su casta te hará casta,
aunque tú no quieras serlo.

No gozarás tus verdores
en sus fingidos requiebros;

antes morirás de seca
por falta de tener riego.

Si tal vez, como mujer,
de carne tienes incendios,
no apagarán tus ardores
los favores de tu dueño;

y aunque sea gran cantante,
y en la música muy diestro,
por la llave de natura
no te cantará un soneto.

Si te arrimas a un pilar
sin estribos ni cimientos,
cuando te presumas firme
darás contigo en el suelo.

Con partes, a las mujeres
los hombres las pretendemos;
pero tu galán, sin ellas,
se quiere llevar el premio.

Sin borlas y tan galán,
¡por Dios, niña, no lo creo!
Que borlas son una gala
que adorna y es de provecho.

No presumas gran firmeza
en ese galán mancebo,
porque todos le conocen
por hombre de poco peso.

Si es porfiado en quererte,
no temas que pierda el seso,
porque no derrama nada,
aunque esté tieso y retieso.

Contarás el tiempo en blanco
que gastares con tu Orfeo,
porque sus pesas no pueden
decir de la hora el tiempo”.

Así lloraba de Juana
su mal entendido empleo
un devoto zapatudo
crecido de pulgarejo

(que es decirte en castellano,
niña de los ojos bellos,
que le sobran muchas onzas
de lo que falta a tu dueño:

si no te visita mucho,
no lo tengas por desprecio;
que andarse e ir y venir
no puede, aunque ande recio).

*Enseña la madre a la novia
cómo se lo tiene que hacer,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.*

-Si el novio quisiere luego
con vos, hija, retozar,
es menester rehusar
por meterle más en juego,
y no aguardar mucho ruego
sino, pues se ha de hacer,
*alzar las piernas arriba,
y con el culo cerner.*

Porfía con él un poco,
haciendo de la enojada,
y dile: “Quítete loco,
que ya me tienes cansada”.
Y si no aprovecha nada,
ni te puedes defender,
*alzar las piernas arriba,
y con el culo cerner.*

Y esto del porfiar
ha de ser medio burlando,
y dejarse retozar
y besar de cuando en cuando;
y si se fuere alegrando
y te lo quisiere hacer,
*alzar las piernas arriba,
y con el culo cerner.*

A la gatesca, es verdad
que se gana dos pulgadas,

hija mía, más mirad
que no conviene a las casadas,
sino estarse bien echadas
y hoder bien a placer,
alzando las piernas arriba
y con el culo cerner.

Y mejor para hoderte
es el canto de la cama,
y postura de más suerte,
y de más plática dama;
y que mujeres de fama
lo acostumbran hacer,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.

Una regla se te acuerde:
nunca hacértelo arrimada,
porque sin lo que se pierde,
te hallarás dello cansada,
la espuma vaciada
al tiempo del remeter,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.

También es cosa gustosa,
cuando te vistes de fiesta
y estás más fresca y hermosa,
cabalgarte por la siesta;
y es más gusto ir compuesta
para quien te ha de hoder,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.

También el pajaichuelo
dicen ser cosa muy loada,
más yo mucho me muelo
destar tanto encaramada;
muy bien me lo hago echada
y recibo mayor placer,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.

Hija mía ten (bien en) cuenta
con las reglas que te he dado,
y no te muestres asenta
delante de tu velado,
sino ten mucho cuidado
de hartarte bien de hoder,
alzando las piernas arriba,
y con el culo cerner.

VARIOS

Una, en buena cuenta, no hace cuento:
dos veces, ya podrá decirse una,
mas una sola dígole ninguna.
De gentileza tres es argumento.

De cuatro, valentía es el intento,
de cinco, su blasón es la coluna,
y si hay quien llegue a seis con su fortuna,
bellaquería es y atrevimiento.

Deben tener las cosas su medida:
Con mucha miel se estragan los guisados;
lo dulce cuando es poco es agradable.
Remítase a la cuenta la corrida

antes que los caballos mal usados
algún torzón padezcan incurable.

Una al día es demasía,
una a la semana, es cosa sana,
una al mes, poco es;
una al año, ni al viejo le hace daño.

Casó de un Arzobispo el despensero,
y, la noche que el novio se acicala,
para hacer de la novia cata y cala
y repicar el virginal pandero,

le dijo el Secretario: "Por mí, quiero
que un cañonazo la tiréis con bala".
Lo mesmo el Mayordomo, el Maestresala,
Veedor, Caballerizo y Camarero.

Llegado el plazo, el caso sucedido
contó a la dama, y trece golpes dióle:
siete por él, y seis encomendados.

Durmióse y ella dijo: "¡Ah del dormido!"
El despertó; la niña preguntóle:
"¿No tiene el Arzobispo más criados?".

Si no hay quien dé limosna de su papo,
¿de qué sirve el pijón al mendigante?
Diera Dios treinta pijas a un tratante,
y al Fúcar ciento, y al mendigo un trapo.

¡Decir que no está siempre hecho un sapo,
más largo y más fornido que un gigante!
Hará Dios impotente a un almirante,
y dame miembro a mí que apenas tapo.

Cuanto yo gano a pie gasto a caballo;
blanca a blanca me hode la pobreza,
que aun la bolsa me vacía a los cojones.

Y hubiera ya tratado de cortallo,
a no pensar hacer por su grandeza
dél, cuando viejo, cuatro o seis bordones.

-¿Qué me quiere, señor? -Niña, hoderte,
-Dígalo más rodado. -Cabalgarte.
-Dígalo a lo cortés. -Quiero gozarte.
-Dígalo a lo bobo. -Merecerte.

-¡Mal haya quien lo pide de esa suerte,
y tu hayas bien, que sabes declararte!
Y luego ¿qué harás? -Arremangarte
y con la pija arrecha acometerte.

-Tú sí que gozarás mi paraíso.
-¿Qué paraíso? yo tu coño quiero,
para meterte dentro mi carajo.

-¡Qué redado lo dices y qué liso!
-Calla, mi vida, calla, que me muero
por culear teniéndote debajo.

Sobre dos muslos de marfil Tarquino
embarcó su deseo y, con tormenta,
de la mar de Lucrecia el golfo tienta,
que para todo un rey halla camino.

La casta, que al romano Colatino
del limpio lecho luego ha de dar cuenta,
resiste a su furor, que más aumenta
del ciego amante el loco desatino.

Ella se enoja, aprieta, aparta y muerde;
mas del gallardo mozo compelida,
con un lento gemir sufre la carga,

y en medio de la folla el rigor pierde,
que es mujer de razón y comedia,
y al fin, aunque lo escupe, no le amarga.

Lucrecia, mujer de Arquino Colatino, forzada por Sexto
Tarquino, hijo de Tarquino el Soberbio, que fue por esta
razón el último rey de Roma.

Tú, rábano piadoso, en este día
visopija serás en mi trabajo;
serás lugarteniente de un carajo,
mi marido serás, legumbre mía.

Un poquito más largo convenía,
mas no importa, que irás por el atajo.
Entra de punta y sácame de cuajo
las gotas que el que pudre* me pedía.

8

Ya entraste, mas las hojas quedan fuera.
Pues ¿qué han hecho las hojas a mi papo,
que no han de entrar, si es él el que lo pierde?

Las hojas entren, y ojalá viniera
el ramal de fray Lucas, de solapo,
y diérase mi coño un gentil verde.

14

8 - *Pudre*: El marido muerto

14 - *Darse un verde*: Holgarse en banquetes y placeres

Sobre una capa parda, mal tendida
en un portal, después de importunada,
María alzó las faldas enojada,
diciendo que no quiere por su vida.

Mas Pabros la acalló con la medida
de un palmo que la dio y una pulgada. 6

Con un: “¡Quítese allá, triste, cuitada!”,
cobraba un dedo largo la pérdida. 8

¡Tal gusto dio en su boca aquel bocado,
y aquel dulce licor, que a borbollones
salió y la hizo dar dos mil gritillos!

Y asina con los hombros de recado,
estriba, hiere, aprieta de talones,
que aína se quebraban los ladrillos. 14

6 - *Palmo o cuarta* (21 cm), dedo (2 cm), pulgada (2,3 cm)

9 - *Pérdida*

14 - *Aína*: por poco

De cierta dama que a un balcón estaba
pudo la media y zapatillo estrecho
poner el lacio espárrago a provecho
de un tosco labrador que la acechaba.

Y ella, cuando advirtió que la miraba,
la causa preguntó del tal acecho;
el labrador la descubrió su pecho,
diciendo lo que vía y contemplaba.

Mas ella, con alzar el sobrecejo,
le dijo con melindre: -«Aquesto, hermano,
no es más de ver y desear la fruta».

El labrador, sacando el aparejo,
le respondió, tomándolo en la mano:
-«¡Pues ver y desear, señora puta!».

Estábase Teresa de Locía
atando el cenojil, la pierna alzada,
toda patitendida y destapada,
pensándose que nadie la veía.

Lucas Gil la miraba y pretendía
y, viendo la ocasión aparejada,
arremetiola sin decirla nada,
por no guardar lo de hoy para otro día.

El mozo era pujante de natura
y, mostrándole el basto, dijo: «Envido»,
y ella responde: «El diablo te trasquile.»

-¡Ganó el juego con sola esta figura!
Teresa grita, y Gil la ha respondido:
«Si le parece gordo, no lo hile.»

Paréceme, señora Catalina,
que buscar este virgo es excusado;
que mi pobre rocín, de muy cansado,
menos le halla cuanto más camina.

Todo el lago y ribera convecina
lo tiene ya medido y rodeado
y al fin procura de escaparse a nado
por no ahogarse en la espaciosa mina.

¿De qué sirve el venderse por doncella,
si se ha de descubrir tan fácilmente
de la trama cubierta el desengaño?

Allá, dama, esta flor podréis vendella
entre cobarde y temerosa gente;
que un buen carajo no recibe engaño.

¿Cómo que el brazo cuando quiero bajo
y que levanto cuando quiero un dedo,
y sólo cuando quiero nunca puedo
hacer que se levante mi carajo?

¿Estoy devoto o tengo algún trabajo?
Aquesto es devoción, o estoy
con miedo: arrecha adrede, y estarás quedo
cuando con buena moza me barajo.

Sin duda son república apartada
la pija y los hermanos compañeros;
su voluntad se tiene el miembrecillo:

suele hoder entre
sueños la frazada,
y remojar la sábana y colchones,
y deja en seco a
quien podrá sentillo.

Soñaba una doncella que dormía
con un galán que amaba tiernamente,
y que en él todo andaba diligente
y descuido ninguno no tenía.

Ella, aunque mal, al fin, se resistía,
diciendo: "¿Qué dirá de mí la gente?",
en efecto cumplió con su accidente,
dando los dos remate a su porfía.

El galán la besaba y la abrazaba
con más calor que un encendido leño;
lo dulce a derramar no comenzaba,

cuando se despertó, y le dijo al sueño:
"¿Durar un poco más, qué te costaba,
pues para mí era gusto no pequeño?"

**Seguidillas que se cantan como
“Hágame una valona” (incompleta)**

Al pasar el arroyo del Alamillo,
apartando las piernas se fue el virgo.

Como ya no se usan los virgos madre,
uno que yo tenía dile de balde.

Ya no suben al cielo, madre, los virgos;
como mueren pequeños, se van al limbo.

Igual que los gigantes son las doncellas,
pues se meten hombres entre las piernas.

A cazar pajaritos iba la niña
y en los pechos del papo llevaba la liga.

Veintidós años tengo; madre, casadme,
que me duelen los dedos de tanto hurgarme.

Si la puerta es chiquita y tres no caben,
entre el uno adentro, los dos aguarden.

Ahora que está dentro me desvalija
y se pone lo mío como sortija.

Veinte y dos años tengo, madre, casarme,
que me duelen los dedos de tanto hurgarme.

Quíteseme de encima, tanga conciencia,
que me tiene metida más de una tercia.

Bien adentro lo tiene, ¿Por qué se brinca?

Mientras más se menea, más me lo hinca.

No me dé tanto gusto, que daré voces
y sabrán en la calle cómo me pone.

Acostándose un cura, muerto de frío,
dijo entrando en la cama: -“Ama, veníos conmigo”.

Bien dentro lo tiene, ¿por qué se brinca?
Mientras más se menea, más me lo hinca.

ROMANCE

Sobre un desdichado lecho
que el medio no se ocupaba,
una hermosa viuda triste
su malogrado lloraba.

Lloraba pasados contentos,
la vida triste en que estaba,
y acuérdase de su oíso
mirando la pobre cama.

Y como su delantera
desierta consideraba,
despierta, llora y en sueños
con sus lágrimas se baña.

Recordó y con suspiro,
como mojada se halla,
perdida ya la esperanza,
dice con la voz turbada:

“Plegue a Dios, la delantera,
que de cien mil puñaladas
te sienta herir, porque sientas
qué siento cuando soñaba;

y que de gruesos cañones,
culebrinas y bombardas,
con balas de nueve en nueve
mil veces seas traspasada.

Que de mi ojo te aseguro
que no serás amparada,
con balas de nueve en nueve
mil veces seas traspasada.

Que de mi ojo te aseguro
que no serás amparada,
pues te veo sin abrigo,
que en ti se desabrigaba.

28

Estás cubierta de moho,
delantera inhabitada,
por los cimientos caída,
de tratarte asolada.

¿Dó está el consuelo que en ti
mil veces me consolaba,
el que viniendo furioso
cordero manso quedaba?”

Y en esto a la pobrecilla
la madre, tirana ingrata,
la comenzó a atormentar
de suerte que la ahogaba.

Renueva el llanto diciendo:
“¿Dó está el sueño que me curaba
y la mano en cuyo toque
mi vida y salud estaba,

mi remedio en mi pasión?
¡Mas, ay, loca ¿estoy! ¿Falta?
Tiene mil Juanes el mundo
que tienen virtud tal alta,

a quien desde hoy encomiendo
la cura de aquesta llaga,
pues es necedad morirme
de vergonzosa o de casta.”

28 - *Se desabrigaba: “glandem nudabat”.*

Un grande tahúr de amor
y una jugadora tierna,
Por entretenerse un rato,
Tratan, Dios enhorabuena,

Jugar los dos mano á mano
Desafiados por tema:
y que ella dentro en su casa
Dé el orden y la manera.

El juego es largo y tendido,
Al fin, de toda una siesta,
El es grande envidador,
y gran queredora ella.

A la primera es el juego,
Porque esta es la vez primera;
y él procura desquitarse
Lo que ha perdido y le cuesta.

De ántes jugaban papeles,
Promesas firmes y ciertas;
Mas ya moneda que corre,
Y pasa en toda la tierra.

El se abrasa de picado,
y solo picarla espera,
Porque si una vez la pica,
Es imposible que pierda.

Ha de ser á resto abierto,
Pero cerrada la puerta,
Porque si pasase alguien,
No denuncie á quien lo sepa.

Van a hacer lo que quisieren,
mas no más de lo que puedan:
igual es la posta y saca,
por evitar diferencias.

Por mesa toman la cama,
Por no querer mejor mesa;
A barajar comenzáron,
y ella á dar la mano empieza.

El alzó por buena parte,
Do está la pandilla hecha;
Ella alcanzó á ver el juego,
y al primer envite se echa.

Porque él es fullero y arma,
Mas ella alcanza esta treta:
y á dos veces que baraja,
Lo armado se desconcierta.

Enciéndese el juego aprisa,
No hay envite sin revuelta,
y lo que tienen delante,
A cada mano se mezcla.

Dan medios en las paradas,
Porque va á querer por fuerza;
y upa vez, metido el resto,
Lo sacan, y se conciertan.

A la Dama le entró el basto,
Estando puesta á primera,
Mas el hizo flor con todo

Haciendo mesa Gallega.

Quiso luego levantarse;
Mas que no se alce, le ruega,
y que la mantenga mano,
Pues tan picada la deja,

O que haga resto de nuevo,
Humilde le pide y ruega;
Pues ella pondrá otro tanto,
Que allí está su faltriquera.

Tanto pudo el ruego blando,
y aun el juego dió tal vuelta,
Que él fué la bolsa vacía
y ella no quedó contenta.

Señora la del arco y las saetas,
que anda siempre cazando en despoblado,
dígame, por su vida, ¿no ha tipado
quien le meta las manos a las tetas?

Andando entre las selvas más secretas
corriendo tras algún corzo o venado
¿no ha habido algún pastor desvergonzado
que le enseñe el son de las gambetas*?

Hará unos milagrones y asquecillos
diciendo que a una diosa consagrada
nadie se atreverá, siendo tan casta.

Allá para sus ninfas eso basta,
mas acá para el vulgo ¡por Dios, nada!
que quienquiera se pasa dos gritillos.

** Es un género de danza algo descompuesta,
que juegan mucho de pernetas" (Covarrubias)*

Rodeada de platos y escudillas
y en la mugrienta mano un estropajo,
sudando grasa con el gran trabajo
de no poder estar sino en cuclillas,
bañadas de agua sucia las faldillas,
metido entre las piernas el dornajo,
pegado con las nalgas el zancajo,
meneando a la par culo y rodillas,
anoche vide estar a mi morena,
cuando al son de los platos yo llegaba,
no poco alegre de hallarla sola.
Y al decirme: “Vengáis enhorabuena,”
como aquella postura le ayudaba,
soltósele una pluma de la cola.

Yace en Asia Menor, región desierta,
un encantado abismo, cueva oscura;
la fama general de esta aventura
de tres hermanos el valor despierta.
Dijo el mayor: “Aunque es ya cosa cierta
ser esta empresa peligrosa y dura,
el entrar solo yo será ventura
y quedaros vosotros a la puerta.”

Conténtanse los dos, entra el valiente,
vuelve y revuelve al uno y otro lado,
mas su braveza y brío poco vale,
porque vencido queda, y sin ver gente,
el que entró tan robusto y alterado,
débil, remiso y cabizbajo sale.

Glosado por don Jerónimo de Barrionuevo (1587-1671), la identificación de la fragua y del yunque con el sexo femenino, la del carbón con el semen masculino, y la del machacar con el acto sexual:

Villancico

—*Arda la fragua, Antón,*

—*Ursula, no hay carbón.*

—Comenzad a machacar
sobre aqueste yunque, Antón,
que no está puesto en razón
no comer ni trabajar,
que yo llego a levantar
los fuelles y no querría
que, antes que saliese el día,
nos halle sin prevención.

—*No hay carbón.*

—Úrsula, ya se acabó
el carbón que yo gastaba,
que la prisa que me daba
toda en aquesto pasó;
la lumbre lo consumió
sin que quedase cañuto,
que pueda servir de fruto
ni aun para humilde tizón:
no hay carbón.

—Sacad fuerzas de flaqueza,
Antón, que parece mal
que, siendo largo oficial,
os estéis con tal pereza;

ya la fragua a arder empieza,
mirad si acaso ha quedado
algún carbón olvidado
por dicha, en algún rincón:
—*No hay carbón.*

No estés mano sobre mano,
Úrsula, sin fundamento,
que ya las torres de viento
se me acabaron temprano;
soy como el potro lozano
que tantas carreras dio,
que en ese prado se abrió
al último repelón:
—*No hay carbón.*

—Llega o saca, miraré
la pierna que cojeáis,
que por más que vos digáis,
sanarla me obligaré;
que con atentarla sé
que al momento ha de sanar,
y cabeza levantar
el derrengado trotón.
—*No hay carbón.*

Ahora bien, pues lo queréis,
comienzo y seguidme vos,
para que así entre los dos
yo pegue y vos alumbréis;
como tanto os suspendéis
cuando el caño y la fragua
piden que les dé el agua
alentando al mojaón:

—No hay carbón.

—Como la luz del candil
muy poco o nada lucía,
atizándola tenía
suspensiones más de mil;
tome el cabo de badil
y metiéndole en el fuego,
como me abrasase luego,
fue grande la alteración.
—No hay carbón.

Pues habernos comenzado,
probar otra vez pretendo
la fragua que, con estruendo,
parece que se ha 'vivado;
id, Úrsula, con cuidado,
dándole brasa al cardor,
y al comenzar el vigor,
detened la munición:
—No hay carbón.

*Si te casas con herrero,
carita de serafín,
con el golpe del martillo
no te dejará dormir*

*La mujer del herrero
dicen que tiene
por delante la fragua,
detrás el fuelle;
de estas dos cosas
gusta más la que quema,
que la que sopla*

*Dices que tienes, que tienes,
qué coño vas a tener,
tienes el horno caliente,
no tienes pan que meter.*

Las mujeres en el horno
siempre tienen un debate;
unas, pa que se lo metan;
otras, pa que se lo saquen.

—*¡Salid de mi casa!*
—*No puedo, señora.*
—*¡Salid, en mal ora!*

Salí, pues entrastes
de fuerça, y de hecho,
mis puertas raspastes
por darme despecho.
—Yo entré por derecho
y en él estó agora.
—*¡Salid, en [mal ora]!*

—La casa es callente
y yo muero de frío,
salir al presente
será desvarío.
—De aqueso me río.
—Y el güesped ya llora.
—*¡Salid, [en mal ora]!*

Dexáos de razones
y de porfiar.
—Señora, a enpujones
no me abéys dechar.
—¿Queréys acabar?
—Ya [a]cabo señora.
—*¡Salid, [en mal ora]!*

—Estoy tan cativo
que no saldré, çierto.
—Si no salís vivo,
saldréys de aquí muerto.
—Haréysme así tuerto,
sin dubda, señora.

—¡Salid, [en mal ora]!

Dezid, enemigo,
dezí, ¿cómo entrastes?

—Entré, que el postigo
abierto dexastes,
y avnque le apretastes,
entréme a desora.

—¡Salid, [en mal ora]!

—Yo, en buena entré,
y estoy en la sala,
y así, si saldré,
será en ora mala.

—¡Dios me ora vala!

—Que vala, señora.

—¡Salid, [en mal ora]!

—No puedo salir.

¿Queréysme matar?

—¡Querría reýr!

—Yo quiero llorar.

—¿Queréys acabar?

—Ya acabó se[ñora].

—¡Salid, [en mal ora]!

—¿Por qué así tratáys
al triste cuytado?

Que vos le matáys
de alegre y penado,
doléos del cansado,
mira que ya llora.

—¡Salid, [en mal ora]!

—Ya quiero salir,
pues así me echáys.

—Tornad a venir,
señor, no salgáys.

—Dezí, ¿no me echáys?

—Échos, mas no agora.
¡Entrá ya, en mal ora!

—¡Ved cómo concierto
lo desconçertado!

—La puerta está abierta.

—Yo a ella é llegado,
y entrar escusado
será por agora.

—*¡Entrá ya, en mal ora!*

Entrá, que os atiende
la puerta muy ancha,
quel ruín más se estiende
con ruegos, y ensancha.

—Señora, esa mancha
saldrá, mas no agora.

—*¡Entrad, en mal ora!*

—Como la salida
me á sido forçada
así es, por mi vida,
señora, la entrada,
que será escusada
avnque quiera agora.

—*¡Entrad, en mal ora!*

—Mandad, perdonar,
señora, por Dios,

pues no puedo entrar
mandándolo vos,
que salgo con tos,
sentirme an agora.
—*¡Entrad, ya, en mal ora!*

—Mi gloria es ynçierta,
y mi salvación,
pues ancha es la puerta
de vuestro mesón.
Por vuestra razón,
que es poca do mora.
Y, ¡andad, en mal ora!

Prieto soy, que, tieso y derecho
no me cubre un verdugado.
Ni gusto de andar holgado,
ni menos de andar estrecho.
Bien fácilmente hago pino,
pues con el unto de el riego
anda más fácil el juego,
sin perder jamás el tino.
Lo que importa es mi cabeza,
porque el remate está asido
a un ojo tan escondido
que no hay más guardada pieza.

¿Cuál es la hembra que lo tiene
peludo por la una parte,
y por la otra de tal arte
que al macho a encajarlo viene?
Porque es muy liso y redondo,
y, aunque de una tercia en largo,
en el macho, a lo más largo,
entra tres dedos de hondo:
allí comienza a vivir,
y a veces no vive una hora,
que tanto del aire llora
que la anticipa el morir.

Tengo un miembro largo, liso y duro,
por el un cabo peludo,
por el otro agujereado.
Métolo en una concavidad honda y oscura,
y estáse un rato mojando;
y, un cierto licor echando,

me estoy con él un rato holgando.

Es de un palmo poco más,
con dos rodillos al cabo;
es cosa de saca y mete:
tómalo por la punta y por el agujero le mete.

Acá vengo a que lo hagáis: hacedlo presto.
Tejedlo con lo colorado,
perfilamelo con lo negro,
dadme un golpe más que a los otros,
de lo mío no tengáis duelo.

Es largo, derecho,
redondo,
y hace todo su hecho
por la que hay hendidura.

Es largo como un palmo,
tieso cuanto puede ser,
con pelos a la redonda,
y se carga y descarga en poder de una mujer.

Mételo duro y sácalo blando,
cabibermejo y centelleando.

Meto mi largo en vuestro hueco,
y meneo las nalgas al acabar.

Acá vengo, vecina,
a meter lo mío en lo vuestro:
si me lo dieseis, haremos de presto.

Barriga con barriga,
métele un palmo de carne.

Pelusa pro fuera,
pelusa por de dentro:
alza la pierna y métela dentro.

Hazte allá, que yo me haré,
que un palmo que tengo
metértelo he.

De fuego fue hecho:
mi casa, pajiza;
mi comida, longaniza.

Carne nació sin güeso
lo que en la mano tomastes,
y luego se puso tieso.
Espántome mucho de eso,
que una mujer honrada
sea tan aficionada
a palpar carne sin hueso.

Entre dueñas y casadas
preguntan doncellas tiernas
qué es aqueso que, acostadas,
les meten entre las piernas:
es largo, liso, redondo
y con un horado al cabo,
y va, de zumo cargado,
a descargar en lo hondo.

Es redondo, y de un metal
tan dulce para las damas
que dejan de ser doncellas
por él, y dentro un horado
tiene, y de fuera mil mellas.
Por éste un miembro humanal
se mete, y tan bien alcanza
que no le hiere la lanza
de un ojo, ni le hace mal.

Galanes, deciros quiero
palabras con que os holguéis:
que tenéis un ajuar
cuyo meter y sacar
por deporte le tenéis,
y con su vista sin cuento
a maravilla os holgáis.
El es redondo y sin centro,
y, para meterlo dentro,
con la mano lo tomáis.

Esta noche, Dorisa, yo soñaba,
si sueño fue no más, que a mi despecho
a acostarte venías a mi lecho
y el amor por la mano te guiaba.
Sacando el dios un dardo de su aljaba
rasga de tu pañuelo el lazo estrecho,
quedando al aire el blanco y duro pecho
que yo con dulces besos adoraba.
Yo el último deleite te pedía,
tú me lo rehusabas con empeño,
el amor nos miraba y se reía.
Y hecho por fin de tu hermosura dueño,
a un mismo tiempo a entrambos nos venía
el pesar de que todo fuese sueño.